

las que quiere responder: ¿qué tipo de “profeta” era Savonarola?; ¿cuál era su ortodoxia?; ¿qué validez tenía la “reforma” que él perseguía? El A. intenta una respuesta a estas cuestiones en las últimas páginas del libro, aclaración que a nadie satisfará, ni al propio A., porque tanto él, como los que después nos hemos acercado con admiración a este estudio histórico, hubiéramos querido más. Ese más que ha quedado oculto en los arcanos de la historia, y que sólo nos habría sido dado conocer de haberle visto predicar, con aquel fuego y pasión, con aquel calidísimo verbo, desde los púlpitos de Florencia.

Hemos de felicitar, en consecuencia, al P. Huerga, porque nos ha hecho revivir la trayectoria existencial y espiritual de un hombre que pasó por una experiencia de Iglesia —como ahora se dice— particular desde todos los puntos de vista; con quien no resulta difícil conectar vitalmente, por las innegables semejanzas que existen entre el cuatrocientos italiano, gestante y a punto de dar a luz a una nueva época, y nuestro siglo xx, también en el umbral de tiempos nuevos.

De todas formas, y puesto que suponemos que el estudio del P. Huerga se agotará enseguida, y que pronto le será reclamada una segunda edición, nos atrevemos a sugerirle una serie de temas en los que valdría la pena que se extendiera un poco más, si ello es posible. En concreto: hubiéramos deseado más detenimiento en la exposición de cómo Savonarola accedió al “dominio”, prácticamente total, del gobierno de Florencia; o bien, una explicación más amplia de cómo ejerció esa autoridad. Y también, si no distorsiona la unidad temática que el libro tiene actualmente, un enfrentamiento teológico con las principales posturas y afirmaciones del *Frate*: un juicio, si es posible, sobre sus puntos de vista, desde la luz de la Teología. Pensamos que las bases están puestas, y que el A. podría abordar una segunda parte en donde se trataran todos esos temas doctrinales.

Está claro que el A. no ha pretendido ese estudio teológico-histórico, sino sólo —y no es poco— un ensayo histórico crítico. Ha colmado satisfactoriamente la laguna que existía en la bibliografía española sobre Savonarola, “a pesar de que la *deuda* de los espirituales hispanos con Savonarola fue enorme en el siglo xvi” (p. XX). Pero falta la segunda parte..., que esperamos.

CÉSAR IZQUIERDO

Melquiades ANDRÉS, *Los recogidos. Nueva visión de la mística española (1500-1700)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976, 850 pp., 16,5 × 24.

A Melquiades Andrés se debe principalmente este voluminoso libro, en el que bajo su dirección han colaborado otros autores. El A. no

se ha propuesto exponer la espiritualidad de una familia religiosa, ni ofrecer una visión de conjunto de la mística española, sino que ha pretendido hacer un detenido estudio de la vía del Recogimiento, dentro de las diversas escuelas espirituales. Con este novedoso intento, tenemos al fin descrito un movimiento básico de nuestra espiritualidad española.

Se puede dividir esta obra en dos partes: La primera (cap. I-XVI) estudia propia y directamente el Recogimiento y es sin duda la parte más interesante del trabajo; la segunda parte compara esta espiritualidad con otras de su época, señalando su evolución, influencias, analogías y contrastes.

Antes de mostrarnos la naturaleza del Recogimiento, Melquiades Andrés indaga sus antecedentes, que los sitúa en los primeros años del s. XVI, cuando los autores Gómez García y García Cisneros, además de exponer la oración metódica y discursiva, señalan la oración afectiva. Ahora bien, el libro *Teología Mística*, de Hugo de Balma, cartujo lionés del s. XIII, es la fuente principal del Recogimiento, así lo indica el A. innumerables veces, y equipara su autoridad en la vía del Recogimiento a la de Santo Tomás en Teología Dogmática. Hugo de Balma se plantea la difícil cuestión de si el alma según el afecto puede moverse a Dios sin conocimiento preveniente o concomitante. Tanto él como los recogidos la resuelven afirmativamente; de modo que según Melquiades Andrés "lo más característico del Recogimiento será el amor sin conocimiento anteviente o concomitante" (p. 783). Herp es considerado también en esta obra como un autor de extensa influencia en el Recogimiento, aunque sus escritos no entraron definitivamente en la espiritualidad española hasta el año 1530.

La vía del Recogimiento queda limitada por dos obras anónimas de título semejante: "Hun brevissimo atajo..." (Barcelona 1513) y "Atajo espiritual..." (Madrid 1837). Entre estas dos fechas transcurre su espiritualidad, a la que acompaña, como sombra, la espiritualidad degenerada de los alumbrados. Con gran profusión de detalles el A. va indicando personas y lugares relacionados con los recogidos y los alumbrados, todo muy en consonancia con el carácter exhaustivo de la obra.

En esta primera parte, expuesta con orden y rigor científico, cabe destacar el capítulo V, que nos ofrece un esquema de la vía del Recogimiento. Consiste esta espiritualidad en llevar al pecador a la más alta unión con Dios, insistiendo en tres aspectos fundamentales:

1.º Este camino tiene como punto de partida el conocimiento propio que da origen a la humildad, por la cual nos vaciamos de nuestra miseria para llenarnos de Dios; desde otro aspecto este conocimiento propio nos lleva a profundizar en nosotros hasta encontrar la imagen de Dios: "intimior intimo meo".

2.º La vía del Recogimiento considera fundamental la meditación diaria de la Pasión del Señor en sus diversos aspectos, hasta tal punto

que todas las demás pueden reducirse a ella. Esta característica influyó notoriamente no sólo en los libros, sino también en las imágenes de la Pasión del Señor, que fueron abundantes y de calidad.

3.º El término de la espiritualidad del Recogimiento es la unión con Dios, que describe como la transformación del amante en el amado, formando un mismo espíritu por medio del amor; de manera que no se ama lo que se entiende, sino que se entiende lo que se ama. Los grandes místicos del Recogimiento describen esta experiencia, que constituye un estado intermedio entre el estado de los bienaventurados y el de los viadores.

Después de este capítulo, el A. nos muestra a los representantes más importantes del Recogimiento, a saber: Francisco de Osuna, Bernabé de Palma, Bernardino de Laredo, Francisco de Ortíz, Juan de los Angeles, Nicolás Factor, Antonio Ferrer y Antonio Sobrino. Entre ellos destaca Osuna como codificador fundamental del Recogimiento y Juan de los Angeles como el más erudito en su exposición. A esta lista de nombres, Melquiades Andrés añade otra de menos importancia, exponiendo el sistema doctrinal de todos ellos, puesto que su obra quiere ser exhaustiva en el tema, aunque el lector, en general, deseara una exposición más sintética.

Aparecen también en este libro, señalados con gran detenimiento, los alumbrados, que son los adversarios más directos de los recogidos, pues su mística es una degeneración de la mística recogida. Ambas espiritualidades se desarrollaron al mismo tiempo y con características aparentemente semejantes, de ahí que la Inquisición encontrara dificultad en hacer una valoración precisa de ambos movimientos espirituales. Esta dificultad aparece —como dice el A.— clarísimamente en el Índice expurgatorio de Valdés, el cual no ahogó el alumbradismo y causó un daño inmenso al florecimiento de los recogidos. Con la perspectiva que da el tiempo, el A. distingue muy bien a unos y otros y es también mérito suyo hacer ver que el aspecto positivo de interiorización en la mística recogida no se debe a influencia de Erasmo, como han dicho algunos superficialmente.

En la segunda parte de este libro, se estudia la trayectoria y la influencia del Recogimiento en las diversas órdenes religiosas. En esta parte, el tema resulta complicado y demasiado lento en su desarrollo, poniendo gran empeño el A. en demostrarnos que se da un fondo común en la mística española durante varios siglos, que es con palabras suyas: “ese camino real por el cual caminan inicialmente muchos hijos de San Francisco y, después, con ellos o en relación con ellos, tantos otros religiosos, sacerdotes y seglares. Se trata de la primera mística española de la cual y en la cual crecen las demás de nuestra Edad de Oro” (p. 349).

Se pretende demostrar su influjo desbordante, que excepcionalmente no aparece en la espiritualidad agustiniana. Al principio también encontró oposición en los dominicos, especialmente en Juan de la Cruz y Melchor Cano, cuyos prejuicios fueron superados por los dominicos Bartolomé de los Mártires y Vallgornera, que representan la apertura del tomismo a la mística del Recogimiento. En la Compañía de Jesús aparece también su influencia, sobre todo en el P. Baltasar Alvarez y en el P. Cordeses, lo que suscitó arduas discusiones en el seno de la Compañía. Respecto al clero secular el A. destaca la influencia que el Recogimiento tuvo en San Juan de Avila, cuyas obras citó con frecuencia.

En esta segunda parte (de este libro), merece destacarse el capítulo dedicado a la relación del Recogimiento con la espiritualidad carmelitana. El A. muestra que Santa Teresa de Jesús conocía muy bien la mística recogida; además analiza textos teresianos que compara con textos de Osuna para demostrar su influencia, que no es óbice a la rica originalidad teresiana. Ya anteriormente había dicho el A.: "Santa Teresa cuya terminología y encuadramiento resulta imposible de comprender a fondo si los esquemas y coordenadas de la mística del Recogimiento, se aparta a veces del modo de hablar de Osuna y Laredo, se siente ahogada por algunas fórmulas menos espontáneas y claras de los mismos y describe su experiencia de modo inmediato y directo" (p. 49).

Respecto a San Juan de la Cruz, dice Melquiades Andrés que usó con frecuencia el término recogimiento en el mismo sentido que Osuna, y señala con acierto el gran parecido no sólo de concepto sino también de expresión entre la espiritualidad recogida y la doctrina de este místico doctor. En San Juan de la Cruz aparece también la idea tan característica del Recogimiento: que la voluntad puede unirse con Dios sin conocimiento preveniente. En esta obra se insiste en que nuestros más grandes místicos tuvieron como punto de partida la vía del Recogimiento que es la primera mística española; ahora bien, su gran prestigio hizo que el Recogimiento se diluyera en la espiritualidad carmelitana.

En conjunto, pues, esta obra de Melquiades Andrés nos parece de gran interés para los estudiosos de la espiritualidad española. Está desarrollada con orden y rigor científico, logrando ser exhaustiva en la temática que afronta; sin embargo, una mayor concisión le hubiera ahorrado inútiles repeticiones y hubiera dado más relieve a los elementos más principales.

JOSÉ ANTONIO OLARTE